

Sumario

La cuenca del Mediterráneo no es solo el mar de tres religiones (judíos, cristianos y musulmanes), sino que es el mar de un solo Dios, del Monoteísmo. Pero es además una cuenca donde la cohabitación interreligiosa ha sido cosa de la historia de muchas ciudades mediterráneas. Sin embargo, es un mundo que recoge muchos y diferentes mundos, es lugar de unidad y de diversidad. El potencial de las tres grandes religiones, puede contribuir en la búsqueda de nuevos marcos de cooperación mediterránea. A través del enorme potencial de paz, desarrollado por medio del encuentro y el diálogo, se puede dar lo mejor para construir un nuevo orden mundial.

Tres religiones y un solo mar: conflicto y diálogo

Shmuel Hadas

Nació en Argentina y se radicó en Israel, donde efectuó una carrera Diplomática que lo llevó a ser el Primer Embajador del Estado de Israel ante la Santa Sede, siendo asimismo un destacado especialista en el Diálogo Católico-Judío.

En 1986 tuvo especial rol en el establecimiento de las relaciones Diplomáticas con España.

I. Introducción

En un informe preparado por el Consejo de la Unión Europea se explican los objetivos de esta importante iniciativa, que podríamos resumir en su primer párrafo: “Los países de la Unión Europea y sus socios del Mediterráneo deben actuar más de manera conjunta, a fin de que la cuenca mediterránea llegue a ser, en mayor grado que en la actualidad, una zona de intercambios y de diálogo político que garantice la paz, la estabilidad y el bienestar de quienes viven en sus riberas”... Esto exige un diálogo político, un desarrollo económico y social sostenible y equilibrado, la lucha contra la pobreza y la necesidad de una mejor comprensión entre las culturas a través del refuerzo de la dimensión humana en los intercambios.

Estas conferencias deberán ser un importante paso en la elaboración de un sistema de cooperación en el Mediterráneo. En un momento en que el antiguo orden de la guerra fría da lugar a una plétora de conflictos étnicos, religiosos y nacionales, a la vez que prolongados conflictos como los de Oriente Medio, muestran esperanzadoras señales de solución que exigen nuevos caminos de pensamiento.

La política mediterránea de la Unión Europea estará indudablemente determinada en el futuro por el surgimiento de nuevos factores demográficos, políticos, culturales y religiosos que están modificando la situación sobre todo en países de la ribera sur del Mediterráneo, a la vez que afectando la situación en la ribera “europea”. El proceso de paz en el Oriente Medio es otro de los factores que inciden en la búsqueda por parte de Europa de una estrategia que permita afrontar los nuevos retos mediterráneos, de una nueva frontera para la cooperación euromediterránea.

Esta iniciativa de la Unión Europea de establecer objetivos comunes y afrontar los nuevos retos mediterráneos, los acuciantes problemas del área a través de una acción mancomunada, ha sido acogida con gran interés y esperanza por mi país, envuelto hoy en un difícilísimo proceso de paz, proceso que para llegar a un buen término requiere no solamente el apoyo sino una participación europea activa.

La caída del Muro de Berlín en 1989 fue para muchos el presagio de una nueva era de seguridad y cooperación en el mundo. Las expectativas eran grandes, generalizándose una ola mundial de confianza y esperanza. Hasta se habló de un nuevo y pacífico orden mundial.

Paradójicamente, un gran número de crisis y problemas surgidos y en gestación desde entonces han creado conflictos, desórdenes, disputas y crisis que exigen continuamente la atención del mundo. Estos son un nuevo recordatorio de las limitaciones de la familia de las naciones. El Mediterráneo, lejos de ser una excepción, es hoy una de las zonas más turbulentas del mundo.

Mientras que probablemente no exista hoy una amenaza global comparable a la que significó en el pasado la perspectiva de un conflicto nuclear entre las superpotencias, una serie de problemas surgidos a partir del fin de la guerra fría, especialmente en países ribereños del Mediterráneo, amenazan la propia estabilidad de enteras regiones y países. Incluso en el caso de conflictos internos, algunos de ellos son muy serios como para que la comunidad internacional los ignore. El resurgimiento del etno-nacionalismo, así como la expansión del fundamentalismo religioso, que asumen formas violentas, constituyen una grave amenaza que exige un enfoque diferente, una nueva política por parte de Europa y de los países del Mediterráneo.

En noviembre de 1995 tuvo lugar en Barcelona un encuentro mediterráneo que puede ser considerado como el esfuerzo más serio por parte de la Unión Europea y de los países mediterráneos para definir los problemas de nuestro mar y buscar las respuestas adecuadas, elaborando los criterios que guiarán los responsables de estos países en su implementación.

Este encuentro sin precedentes se compone en realidad de dos partes complementarias: la Conferencia Mediterránea a nivel de gobiernos de la Unión Europea y de los países ribereños, a la que seguirá el Foro Civil Euromed, una reunión entre las representaciones de las sociedades de los países. Ambos con el objetivo expreso de crear marcos de cooperación tanto a nivel gubernamental, como de sus sectores sociales, económicos y culturales.

2. Tres religiones y un sólo mar: judíos, cristianos y musulmanes

Las religiones judía, cristiana y el Islam son las tres religiones del Dios único. En este sentido el Mediterráneo es el mar de un solo Dios, es decir, del monoteísmo. Pero, desde hace siglos, en nuestra cuenca no hay una religión única, sino tres. Su historia es la historia de conflictos, pese a una comunión de origen entre ellos. Estas tres religiones se han expandido notablemente fuera del *Mare Nostrum* (dicho sea de paso, según un libro editado por el estudioso francés Brepols, bajo el título "Los Hijos de Abraham", la posterioridad del patriarca bíblico abarca hoy 2500 millones de creyentes).

Hasta el surgimiento del monoteísmo, en un área muy delimitada del Oriente Medio, el Mediterráneo no era sino un mar de divinidades, era un mar de politeísmo, como tantos otros lugares en el mundo. Con los siglos, con las regiones que lo circundan, se transformaría en el mar del monoteísmo: tres religiones en un solo mar, pero también un solo Dios para las tres religiones.

Existen fronteras religiosas en el Mediterráneo: "La fronteras religiosas han sido trazadas con rigor y, como tantas veces en la historia, con la guerra... En su interior se busca, -como escribe el profesor Riccardi- la homogeneidad". En el Mediterráneo están hoy trazadas claramente las fronteras entre el mundo cristiano y el del Islam (también, por supuesto, el del reducido geográficamente mundo judío). Estas fronteras pueden marcar el destino de un país. La religión no ha sido un hecho secundario en la construcción de una identidad nacional, como lo demuestran los trágicos acontecimientos en los Balcanes.

No obstante, en el Mediterráneo hay una realidad de cohabitación religiosa. Pese a los conflictos, judíos, cristianos y musulmanes han convivido en las mismas tierras por siglos. El mítico alcalde de Florencia, Giorgio la Pira, gran promotor del diálogo interreligioso en el Mediterráneo en los años 50, ha escrito: "La Sinagoga, la Catedral y la Mezquita constituyen el eje en torno al cual se edifican los pueblos, las naciones y la civilización que cubren el entero espacio de Abraham".

La cohabitación entre las gentes de las tres religiones es una realidad de la historia del Mediterráneo, para quienes -aún existiendo fronteras religiosas que dividen- vivir uno al lado del otro ha sido una experiencia. La cohabitación interreligiosa es la historia de muchas ciudades del Mediterráneo.

El historiador francés Fernand Braudel escribe que el Mediterráneo es un espacio de relaciones, choques, trueques y también conflictos. En su visión, el mar une mientras las montañas dividen: era más fácil navegar en el mar que pasar las montañas con los medios de transporte en el pasado. Su importante obra "Civilización e Imperios en la época de Felipe II" muestra cómo el Mediterráneo constituyó por siglos una comunidad unitaria.

El ser una comunidad no quiere decir vivir en la uniformidad. De hecho, Braudel se pregunta: "¿Qué es el Mediterráneo? Mil cosas al mismo tiempo. No un paisaje, sino innumerables paisajes. No un mar, sino una sucesión de mares. No una civilización, sino distintas, enlazadas una con la otra. Viajar por el Mediterráneo es encontrar el mundo romano en el Líbano, la prehistoria en Cerdeña, las ciudades griegas en Sicilia, la presencia islámica en España, el Islam turco en Yugoslavia. Es hundirse en lo más profundo de los siglos, hasta las pirámides en Egipto -y, yo agregaría,- hasta la Biblia y los Diez Mandamientos. Es encontrar cosas antiguas aún vivas al lado de lo ultramoderno... Todo esto porque el Mediterráneo es un antiquísimo carrefour: desde milenios todo confluye sobre este mar... Hombres, bestias de carga, carrozas, mercaderes, naves, ideas, religiones, formas de vida".

Evidentemente, el Mediterráneo engloba profundas diversidades a las que pone en contacto o -repetidamente- en conflicto. El

Mediterráneo es un mundo que recoge muchos y diferentes mundos: lugar de unidad y de diversidad.

El mar Mediterráneo es también el mar de un solo Dios. Pero su historia es una historia de encuentros y de conflictos que se interponen profundamente con los de las religiones. La historia del Mediterráneo está cargada de memorias que tienen que ver con conflictos entre las religiones. Son memorias que persisten y que permanecen frecuentemente como patrimonio de la identidad colectiva de los pueblos. Las invasiones musulmanas permanecen como memoria de la amenaza islámica a Europa. El episodio de las Cruzadas como movimiento de conquista del Mediterráneo oriental en nombre de motivaciones religiosas, permaneció por siglos en la memoria colectiva de los pueblos musulmanes de la cuenca y, como escribe el historiador italiano Andrea Riccardi, también en la de los cristianos de la ribera Norte.

3. Algunos cambios religiosos importantes en el mediterráneo

La historia de nuestro siglo ha cambiado profundamente el mapa del Mediterráneo: nuevos países, nuevos sistemas políticos han surgido. Los estados nacionales se han transformado en nuevos protagonistas. Pueblos, naciones, religiones se han visto envueltos en conflictos dramáticos y situaciones de convivencia que se prolongaron por siglos y que parecen hoy inalcanzables.

En el Mediterráneo se han depositado los fundamentos de la civilización occidental. En esta parte del mundo la centella del monoteísmo ha iluminado el mundo. Desde la antigüedad, el Mediterráneo jugó un rol importantísimo para los pueblos ribereños, y no solamente para éstos.

Pero el Mediterráneo se ha caracterizado por los conflictos entre sus pueblos y en su seno. Las tremendas diferencias, la brecha económica y social, sobre todo entre las riberas Norte y Sur, constituyen hoy fuente de problemas agudos. La inestabilidad política y las tensiones domésticas, así como los conflictos de origen religioso y étnico han sido y son fuente de un alto potencial de violencia. Las

manifestaciones de intolerancia, racismo y antisemitismo en países de Europa nos han recordado recientemente cuán frágil es aún la civilización hoy en día.

En la región se reflejan las diferencias entre los países desarrollados y los países en desarrollo. En estos últimos la agricultura no produce lo necesario y en algunos casos las estructuras arcaicas constituyen un serio obstáculo para el desarrollo económico y social.

La desertización, así como la contaminación y la carencia de agua constituyen problemas de seria envergadura. En la cuenca mediterránea, más de 132 millones de hectáreas están en vía de transformarse en desierto. Poco o nada se hace para defender el medio ambiente. El crecimiento demográfico en el Mediterráneo oriental y sur es dramático. Según el Banco Mundial hacia el 2025 el crecimiento de la población en los países mediterráneos islámicos será 20 veces superior a la del Mediterráneo norte.

Otro de los males que aquejan el área es la inestabilidad política en el Mediterráneo oriental y sur. Difícilmente encontraremos entre los países mediterráneos vecinos de la Unión Europea, regímenes que respondan a los estándares de la Unión.

Las tensiones sociales y la inestabilidad política amenazan la cohesión interna de algunos países mediterráneos. El crecimiento de la población, en una estructura que no se asemeja ni remotamente a la europea, es otra fuente de inestabilidad, así como fuente de tensiones en los países europeos a los que se dirigen las masas de emigrantes que buscan mejorar su nivel de vida y para quienes la emigración es la única opción ante la marginalización.

Las antiguas fronteras religiosas de la Europa cristiana, el Oriente Medio, y África del Norte han sufrido cambios dramáticos. Si en la Europa mediterránea la religión es sobre todo un tema de conciencia, en el Oriente Medio y en los países ribereños del sur se viene desarrollando una situación que hace difícil la convivencia. Hoy, en suma, el Mediterráneo es sede de problemas nacionales, étnicos y religiosos dramáticos que dividen a países y a comunidades: se vive una situación de crisis de convivencia.

La historia de la civilización occidental no puede ser comprendida si se ignora la contribución de la cultura islámica. Sin embargo, en nuestros días somos testigos del renacimiento de un islamismo caracterizado por el rechazo de los valores occidentales. Se sirve del malestar social y lo utiliza en términos morales religiosos. La ola de fundamentalismo en expansión en el Mediterráneo levanta muros de intolerancia y amenaza la estabilidad del orden social. Su oposición, por ejemplo, a la existencia del Estado de Israel considerado un "cuerpo extraño al servicio del imperialismo opresivo" es sobre todo instrumento contra el modernismo en sí mismo, como escribe Shimon Peres en su libro *El nuevo Oriente Medio*. El rechazo, así como la instigación al odio de las masas hacia la cultura occidental, constituye una solución simple y clara para una generación joven que vive una vida miserable en la confusión y el desencanto.

Este fundamentalismo de la escuela jumeinista sostiene que el fin justifica los medios. Es un fundamentalismo que garantiza al terrorista suicida un lugar de honor en el paraíso.

Argelia, Líbano, Israel, Egipto, entre otros, lo conocen de cerca. Otros países están en su mira, tanto en la ribera sur como en su región oriental. El desmoronamiento de la URSS hace vulnerables también a las nuevas repúblicas musulmanas.

Con frecuencia el fenómeno del propio subdesarrollo es percibido como el resultado de la hegemonía del Occidente, del mundo europeo. El fundamentalismo utiliza ésto creando fuertes sentimientos anti-occidentales, claramente en contraste con los preceptos de paz y tolerancia de las enseñanzas del Islam.

Como bien señalan Werner Weidenfeld y Josef Janning en el libro *Europe in Global Change*, la región mediterránea es hoy una de las zonas más conflictivas del mundo. Esta conflictividad debe verse en el contexto de un antagonismo alimentado no solamente por pautas de dependencia de Europa sino de la tensión entre los valores políticos y culturales occidentales de orientación pluralista, por un lado y el concepto islámico-árabe, por el otro.

También somos testigos en el Mediterráneo de una nueva situación. Vivimos un difícil proceso de paz entre israelíes y palestinos, que a medida que avanza y se aproxima al punto de no-retorno, sufre los embates de una violencia desenfrenada, al borde de la desesperación. La paz se vislumbra en el horizonte, pero a veces pareciera que el terrorismo logra alejarla.

Simultáneamente somos testigos de la nueva situación creada en Europa por las olas inmigratorias del sur y del oriente: numerosas comunidades no cristianas se establecen en países de tradición cristiana, perfilándose serios problemas de integración de nuevas minorías con una concepción de vida diferente.

4. El diálogo interreligioso: oportunidades y límites

En una situación como la que vivimos hoy en el Mediterráneo, ¿cuál es el rol de las religiones? ¿Cuál puede ser su aporte en la convivencia entre los pueblos? ¿Es necesario el diálogo interreligioso? ¿Es posible?

En el mundo moderno laico, en el que evidentemente se ha registrado una pérdida de influencia de las instituciones religiosas en la sociedad, no son pocos los que consideran que las religiones están destinadas a perder incidencia en la vida social y política. Sin embargo la renovada vitalidad de los mundos religiosos parecería contrariar este supuesto.

La religiones son hoy protagonistas de primera línea en nuestra cuenca: en su extremo oriental y en la ribera sur somos testigos de la expansión del fundamentalismo religioso. Un importante protagonismo de la religión se registra también en Israel, donde grupos religiosos hacen sentir su peso en la sociedad, incidiendo incluso en la política. En el conflicto balcánico, la religión es uno de los elementos de identidad de las partes involucradas. Y como ya quedó dicho, la nueva situación interreligiosa que se produce en los países europeos de antigua tradición cristiana de la ribera norte mediterránea, como resultado de las olas inmigratorias de millones de musulmanes, y la estructuración de importantes comunidades

no cristianas, perfila de una nueva forma el problema de las minorías religiosas en estos países.

Los componentes religiosos de algunos de los conflictos en curso en nuestra cuenca, el surgimiento de movimientos que en nombre de la religión y de Dios traen tragedias y miseria, exigen, hacen imprescindible, diría, el estimular un diálogo permanente entre las religiones a fin de intentar superar incomprendiones y prejuicios. Ya poco después de la primera guerra mundial se creó una "Alianza Religiosa de la Humanidad", que insistió en la necesidad de una cooperación de las religiones, en la esperanza de que fomentando la tolerancia y el entendimiento mutuo se contribuiría a la paz. Sin embargo, sólo en los últimos años la expresión "Diálogo de Religiones" se constituyó en una noción clave de nuestros tiempos. Ello, en la convicción de que el cambio vendrá no solamente como resultado de un acción política y legal. "Una reforma de condiciones no es suficiente, escribe el cardenal Konig, se requiere un cambio del corazón, renovadas convicciones, conversión interna".

El objetivo ha sido y es intentar prevenir tensiones mutuas y disputas entre las religiones.

Los obstáculos en el camino del diálogo son muchos y complejos. Hay gran resistencia por parte de sectores conservadores en todas las religiones, así como desconfianza y preocupación ante posibles influencias "extrañas". La experiencia ha demostrado que el diálogo interreligioso conduce a un cambio en la persona pero no en su creencia, conduce a un cambio en la mentalidad y en el enfoque. No es el contenido de la fe lo que debe cambiar, sino la mentalidad de las gentes hacia otras religiones e ideas. La gente es la misma en todas las religiones y un interés religioso fundamental debería ser unirla.

Viendo las cosas desde este punto de vista, la cooperación entre miembros de diferentes religiones en la búsqueda de la paz en el mundo, es posible. Quiero creer que los líderes de las tres grandes religiones monoteistas son conscientes de esto.

El diálogo interreligioso, no como meta, sino como medio para encontrar ulteriores razones para la coexistencia y la cooperación, es crucial hoy para la construcción de un nuevo Mediterráneo.

¿Es necesario el diálogo interreligioso? Creo que es necesario y aún indispensable, siempre y cuando su objetivo sea el de trabajar para un mundo mejor, un mundo más pacífico y ético.

Quizás antes deberíamos preguntarnos si es que la religión es realmente buena para la humanidad. Algunos responderán seguramente que no, arguyendo que desde que tenemos conocimiento de la historia, muchas guerras asolaron -y siguen asolando- el mundo en nombre de casi todas las religiones. A menudo, pero no siempre, han coincidido con el exclusivismo nacionalista o étnico.

Si nuestro objetivo común es un mundo en que reine la coexistencia pacífica, si creemos que ninguna guerra o acción violenta pueden ser promovidas en nombre de la religión, entonces el "diálogo interreligioso es hoy posible y aún una necesidad". Diálogo es la comunicación entre iguales. No solamente debemos hablar, sino escuchar al prójimo con respeto y atención. Aprender a entender al prójimo y hacerse entender por él. En noviembre de 1994 habló el Papa Juan Pablo II de la necesidad para las religiones de embarcarse en un diálogo de mutua comprensión y paz sobre la base de los valores que comparten. "Hoy, un diálogo así, -dijo- es más necesario que nunca". Juan Pablo II, dicho sea de paso, tuvo el coraje, en nombre del catolicismo, de reconocer, admitir y solicitar perdón por los errores y pecados cometidos por los católicos en el pasado.

No creo que este diálogo deba enfrascarse en discusiones teológicas, sino en la formulación de una ética basada en las raíces de nuestra herencia común.

El continente europeo, paradigma de la civilización es el testigo aún hoy de horribles crímenes, limpieza étnica, de la publicación de literatura fascista y violentamente antisemita, instigándose a la búsqueda de chivos expiatorios de las frustraciones económicas y sociales.

Se debe reaccionar contra la xenofobia y el culto de la exclusividad nacional y religiosa en esta parte del mundo.

Nosotros, como pueblos de culturas religiosas, debemos aprender a comunicarnos mejor, a compartir los tesoros de nuestro legado espiritual creando una nueva y más educada semántica. Sólo una semántica que toque a la gente en el contexto de nuestro tiempo puede contener la amenaza de una semántica inconsciente, el lenguaje de injusticia y violencia que se escucha en varias partes de nuestra región y amenaza a países que viven hoy una era de inestabilidad económica, social y política.

Permítaseme citar de nuevo a Giorgio La Pira, cuando dice que "La paz mediterránea será como una misteriosa, divina piedra filosofal que transforma en oro todo lo que toque. Y una nueva civilización, la civilización del mundo, tendrá aquí, en Tierra Santa y en el Mediterráneo su fundación y su gran punto de génesis". ¿Es un sueño? -se pregunta La Pira- Es verdad, pero esta época apocalíptica en la que vivimos y en la cual siempre más nos introducimos, es evidentemente la época de los sueños".

La construcción de una política de coexistencia exige la tolerancia, el reconocimiento recíproco, la igualdad de derechos y de la dignidad de los hombres y de sus culturas. Las religiones, a través de un diálogo activo, fluido, sincero, pueden contribuir decisivamente. Si éstas desean realizar su verdadera misión al servicio de la fraternidad y de la convivencia entre los hombres y los pueblos, el diálogo interreligioso constituye uno de los medios más importantes para lograrlo.

Las dificultades son numerosas. El diálogo es posible sólo si se obtiene un clima de convivencia humana. El diálogo sólo será posible si se logra trasladarlo de los estudiosos y de los movimientos pacifistas a las diversas instancias jerárquicas de las religiones. Debo insistir, una cooperación de los pueblos del Mediterráneo será difícil sin la participación constructiva de las religiones.

Las tres religiones son un componente vital del espacio mediterráneo, son una parte fundamental de la mentalidad y de la vida de los pueblos de la cuenca. Constituyen un tejido que unen pue-

blos diversos en una comunión cultural que va más allá de las fronteras nacionales.

En el seno de cada una de ellas se han registrado cambios importantes en relación a su actitud frente a las demás tradiciones religiosas.

En particular debo destacar, en mi condición de Embajador de Israel ante la Santa Sede, la posición de la Iglesia Católica. A partir del Concilio Vaticano II el catolicismo ha buscado una mejor comprensión con las otras religiones. La declaración conciliar *Nostra Aetate*, hace del diálogo interreligioso un compromiso no secundario de la Santa Sede y de la Iglesia Católica. El establecimiento de relaciones diplomáticas entre el Estado de Israel y la Santa Sede, más que un acto diplomático, ha sido una etapa culminante en el diálogo entre católicos y judíos.

Entre judíos, católicos y musulmanes se viene desarrollando un proceso de diálogo en el que participan autoridades religiosas, centros culturales y religiosos, simples fieles. Pero el proceso es incipiente aún, pocos son los que participan en él. Pero mientras la convivencia parece cada vez más difícil, se aprecian ya señales en la dirección debida. Debemos inscribir el diálogo y la convivencia en lo profundo del destino de los pueblos, de las tres religiones, de la comunidad mediterránea toda.

5. El rol de los líderes religiosos

Incorporar un motivo religioso a un conflicto significa incorporar elementos explosivos. Un conflicto de dimensión puramente nacionalista está casi siempre abierto a una solución de compromiso. Pero cuando, como sucede hoy en el Oriente Medio, se le agrega la interpretación de la religión como fuente de una verdad indivisible, la propia por supuesto, las soluciones se alejan. Por cuanto, el que no acepta esa verdad tanto de la otra parte como del propio colectivo, comete pecado para el que no hay absolución.

Por eso, cuando el conflicto no es entre Israel y sus vecinos árabes, sino entre judíos y musulmanes, o cuando no es entre serbios

y bosnios, sino entre cristianos y musulmanes, puede transformarse en un juego en el que una parte vence y la otra es derrotada, pero en la que ninguna parte acepta un compromiso.

Cuando se describe la vida como un breve pasaje y se promete como premio el paraíso al término de la vida temporal, y se envía al suicidio a jóvenes con el Corán en una mano, con una bolsa cargada de explosivos en la otra y en los ojos la imagen del paraíso prometido a los mártires de Alá, el resultado no es sino nuevos sufrimientos y miserias, también para el colectivo del enviado y sus instigadores. El largo y difícil proceso de paz entre israelíes y palestinos avanza, pero debiendo afrontar escollos por momentos insuperables y con un altísimo costo en vidas humanas. Antiguos peligros han sido reemplazados por nuevos. La cínica instrumentalización de la fe de los creyentes amenaza hoy no sólo el Oriente Medio sino toda la ribera sur del Mediterráneo, con peligrosas consecuencias (como lo vemos últimamente en Francia) para todo el área.

Esta es la hora de los líderes religiosos y espirituales. De ellos se exige un claro mensaje. No es posible que se identifiquen con los que sufren de una parte, a la vez que no aceptan la existencia del extraño, conduciendo así a sus fieles al rechazo y aún a la brutalidad. No se puede invocar a Dios y conducir a la masacre.

Los extremistas musulmanes están convencidos, aparentemente, de que su oposición al proceso de paz y el asesinato de judíos son actos bien vistos por el Creador. Y cuando un judío masacró fieles musulmanes en la tumba de los Patriarcas en Hebrón, lo hizo seguramente convencido que su acto sería perdonado por Dios.

El Papa Juan Pablo II en su visita a Jartúm afirmó enfáticamente que "la única lucha que las religiones pueden justificar, la única lucha digna del hombre, es la lucha moral contra las pasiones desordenadas, contra toda forma de egoísmo, contra la tentación de oprimir al prójimo, contra toda forma de violencia".

El estado de desconcierto en este período de transición de un mundo bipolar a un impredecible pluralismo permite a los oportunistas y extremistas religiosos intolerantes aumentar su influencia. El acuerdo del 13 de septiembre de 1993, que condujo al reconoci-



miento mutuo entre Israel y la OLP, alentó las esperanzas de los que aspiran a la paz, pero también incitó a aquellos que prefirieron luchar contra esta reconciliación histórica entre israelíes y palestinos, apelando a la violencia y el terror.

Los líderes religiosos tienen en sus manos una de las llaves para estimular el espíritu de conciliación a través del diálogo, de la transmisión de un mensaje de paz y comprensión.

El intelectual musulmán Tahr Benjelloun, en una entrevista con el periódico italiano "Il Giorno", publicada el 23 de Julio último, interrogado sobre el futuro que avisa para el Islam, responde: "Un gran futuro, tanto más luminoso cuanto más sepa el Islam valorar su auténtica dimensión liberadora. A fin de lograr una paz entre los pueblos, un sincero diálogo entre las religiones, en síntesis, un mundo mejor, no os pido a vosotros occidentales y cristianos que os convirtáis al Islam, sino simplemente que conozcáis nuestra religión, y que leáis el Corán. Descubriréis cuan bella es nuestra religión, cuan rica de amor, de espiritualidad, de poesía, portadora de un mensaje de felicidad y esperanza en esta vida y después".

Este mensaje de un importante exponente de la cultura islámica es un reto que todos debemos asumir, cristianos, musulmanes y judíos, pero en el espíritu de una absoluta reciprocidad: la Biblia, el Corán hablan de amar al prójimo y del respeto del valor de la vida humana y la paz. Los líderes religiosos son los intérpretes de este mensaje compartido y a ellos cabe el transmitirlo a sus fieles.

La condición de minoría vivida por los judíos por siglos en el Occidente cristiano y en el Oriente islámico ha gravado profundamente en su código existencial la certeza que sólo la existencia del binomio mayoría-minoría y del pluralismo religioso en los estados -naciones son la única garantía. Asimismo, que la búsqueda de la homogeneidad étnico-religiosa es inevitablemente portadora de un potencial destructivo primero y autodestructivo posteriormente.



6. Una reflexión final

El Mediterráneo es a la vez parte y vecino de Europa. En su cuenca se reflejan casi todas las cuestiones sensibles habidas y por haber en la política internacional moderna, como destacan los estudiosos alemanes Weidenfeld y Janning en el artículo: *Desafíos en el Mediterráneo. Opciones estratégicas para Europa*.

No sólo geográficamente sino en términos de política económica y de seguridad, el Mediterráneo está en la vecindad inmediata de Europa. Los recursos energéticos esenciales para Europa están ubicados en la región. Los países mediterráneos que no son miembros de la Unión Europea son hoy su tercer cliente. (Israel solamente importa 10.000 Mil. de \$). La Unión Europea a su vez hoy es el principal importador de los países del Mediterráneo no miembros.

El crecimiento demográfico en la ribera sur afecta la estabilidad económica y social, los conflictos económicos, sociales, políticos y militares en la región tienen repercusión directa en Europa. Finalmente recordemos nuevamente, los europeos se han visto afectados en forma directa, económica y socialmente por el alto potencial migratorio de la región que ha llevado cerca de cinco millones de personas de países del Mediterráneo a los países de la Unión Europea.

La Conferencia de Barcelona deberá crear un marco para una cooperación regional que busque estabilizar la paz, promover la consolidación de los regímenes democráticos y prevenir el predominio militar de parte alguna, desarrollar las economías de los países ribereños y estimular el diálogo cultural entre los pueblos mediterráneos.

No es suficiente una política de “proximidad geográfica” como la concebida por la Comunidad Europea a fines de los 80, con el objetivo de “jugar un papel más activo vis a vis de las regiones que lo rodean”. La Unión Europea debería asumir un papel más activo y de liderazgo en favor de un proceso integrado de desarrollo de la sociedad y la economía de la cuenca, así como de la promoción de una integración activa a nivel regional para superar el alto potencial de disputas y conflictos que existen en la región.

Todo ello, sin ignorar el potencial contenido en las religiones. Las religiones no han perdido peso en las conciencias de los hombres. Así como las diferencias de credo han sido y podrán seguir siendo causas de guerras sangrientas, también han contribuido y podrán contribuir a prevenir y a solucionar conflictos internacionales e internos.

No creo que el Prof. Douglas Johnston, del Centro para Estudios Estratégicos e Internacionales de Washington, tenga toda la razón cuando afirma en su libro "Religión, the Missing Dimension of Statecraft", que en muchos casos las religiones han demostrado ser más capaces que los laicos para la solución de conflictos, pero indudablemente, los religiosos, a través del diálogo, pueden contribuir a desactivar espoletas en la cuenca mediterránea. Esto no lo deben olvidar los políticos que buscan construir un nuevo Mediterráneo.

En el contexto de la búsqueda de nuevos marcos de cooperación mediterránea debemos dar un papel protagonista a las religiones. Estas tienen un potencial de paz que a través del encuentro y del diálogo podría dar lo mejor de sí mismo.

Entre cristianos, musulmanes y judíos se está desarrollando un proceso de diálogo importante, mientras la convivencia parece más difícil que nunca. El espacio mediterráneo, no debería dividirse en un Sur islámico contrapuesto a un Norte europeo cristiano. El espacio mediterráneo, aquel de un solo Dios no debería prestarse a tal división. El diálogo y la convivencia parecen escritos en lo profundo del destino de sus pueblos, de las tres religiones, de la entera comunidad mediterránea.

Dirección del Autor:
Kubouy 30A
Jerusalem 96757
ISRAEL